

V Domingo de Pascua

15 de mayo de 2022

P. Lorenzo Amigo
Sacerdote Marianista

El mandamiento nuevo del amor

Los grupos marginados que luchan por abrirse paso en la sociedad se manifiestan públicamente, a veces con signos provocativos. La pequeña comunidad cristiana era consciente de que tenía la misión de hacer presente en el mundo amor de Dios manifestado en la vida y la entrega de Jesús. No se trataba hacer propaganda para ser más y tener más poder. Querían con su testimonio de alegría y de amor mutuo mostrar a los demás el camino de la felicidad, el camino de la salvación. Jesús quiso que el amor mutuo fuera **la señal distintiva** de sus discípulos.

Fue ese amor fraterno, traducido sobre todo en las obras de misericordia, lo que impactó al imperio romano cuando la fe cristiana fue reconocida como lícita, antes de ser declarada religión del imperio. El cristianismo aportaba una visión nueva de la realidad, sobre todo del tema de la pobreza imperante. Para el imperio, era natural que hubiera pobres y ricos. Para la fe cristiana, los pobres eran los preferidos de Dios y debían ser objeto del cuidado de los que tenían bienes. Esa solidaridad, ese compartir, era algo totalmente nuevo e incluso alguno de los emperadores paganos comprendió la necesidad de un **estado mucho más social**.

Jesús va a hacer del amor fraterno la señal de pertenencia a la comunidad de sus discípulos. Como Jesús indica, se trata de un **mandamiento nuevo** (Jn 13,31-35). Existía ya el mandamiento de amar a los demás. Amar a los que nos aman o nos son simpáticos es una realidad agradable que no necesita ser mandada porque nos sale espontáneamente. Pero como a veces tenemos que amar a los que nos son antipáticos, incluso a nuestros enemigos, por eso Dios dio a su pueblo el mandamiento del amor del amor al prójimo.

Pero Jesús nos dice que es un mandamiento nuevo porque ya no es “amar al prójimo como a ti mismo” sino amar como Jesús nos ha amado. Amamos porque antes hemos sido amados. Es la experiencia que hace toda persona que se ha sentido amada desde su nacimiento e incluso antes. Como Jesús, amado por el Padre, estamos dispuestos a dar la vida por los demás e intentamos hacerlo en el día a día. Claro está que ese amor es la señal de los discípulos de Jesús, porque **hace presente a Jesús** en medio de su comunidad. Al ver cómo se aman, todos recuerdan que están actualizando la vida misma de Jesús. Sin duda alguna el mandamiento nuevo del amor supone que hay una nueva realidad en el Pueblo de Dios. Este ya no se reduce al Israel histórico sino que se ha abierto también a los paganos, a los que Dios había abierto la puerta de la fe (He 14,21-26). Ha sido la resurrección de Jesús la que ha hecho unos cielos nuevos y una tierra nueva (Apoc 21,1-5). Por eso el creyente vive el mandamiento nuevo del amor. Mediante la práctica de este mandamiento, el cristiano colabora con Dios a enjugar las lágrimas de los que lloran.

Es Jesús mismo el que en cada uno de nosotros sigue amando a Dios y a los hermanos. Hay un único amor, que proviene del Padre. El amor viene de Dios y Dios es amor. Dios nos da la capacidad de amar como Él ama, es decir sin medida, dándose totalmente a sí mismo y aceptando el don del amor del Hijo en el Espíritu. Dios ha puesto su amor en nuestros corazones con el Espíritu que nos ha sido dado. Sin ese don nunca habiéramos sido capaces de amar como Jesús nos manda. Ese amor nos lleva a salir de nosotros mismos para ir al encuentro del otro y aceptarlo como distinto de mí. Nuestra tentación natural, al amar a los demás, es querer que sean como nosotros somos. Dios nos respeta en **nuestra originalidad propia** y no nos absorbe en Él. Mediante su amor hace que nosotros seamos nosotros mismos en plenitud.

En la celebración de la Eucaristía se nos hace presente el amor de Dios en la entrega de su Hijo por nosotros. Acojamos ese amor y tratemos de hacerlo presente en nuestro mundo construyendo una civilización del amor.